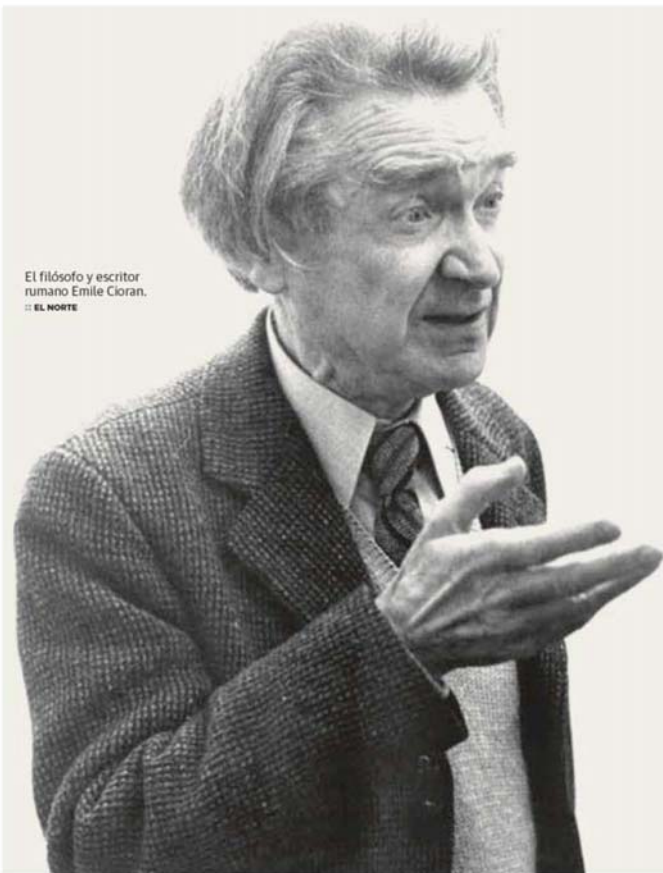


# Alzado de la memoria

## Hacia la reconstrucción del lugar y los hechos

El filósofo y escritor  
rumano Emilie Cioran.  
:: EL NORTE



Emily Dickinson. :: EL NORTE



Max Frisch. :: EL NORTE



El cantante francés Dominique A. :: EL NORTE



**CUADERNOS**  
E.M. Cioran. Tusquets.  
272 pp., 17 euros.



**ACCIDENTE**  
Max Frisch y Uwe Johnson.  
Errata Naturae. 112 pp., 14,90 euros.



**REGRESAR**  
Dominique Ané. Alpha Decay.  
88 pp., 12,90 euros.



**99 SONETOS ROMANESCOS**  
Giuseppe Gioachino Belli.  
Hiperión. 248 pp., 16 euros.

cionados entre los más de dos mil que escribió en secreto, donde no deja titubeo con cabeza de la Roma reaccionaria de los papas-reyes, se apunta incluso a sí mismo («la soberbia engorda a los poetas/cuando escriben sonetos sin recatos») y, «portador de la conciencia colectiva», toma la voz de aquellos a quienes se les sustraen, del pueblo oprimido. Se trata de una obra harto curiosa y original, escrita en el dialecto de la ciudad del Tíber, apenas traducida al español (unos pocos poemas por Agustín García Calvo en Lucinda). Tal vez la cercanía idiomática ayude, pero la versión parece, en cuanto a contenido y ritmo, magnífica, tiene una retórica muy castellana, con medida ironía, de media sonrisa, y ajustadas notas, que apuntalan el sentido de los textos, no aptos para beatos.

### Crítica social

Los poemas bordean el epigrama, la invectiva, la sátira, hasta el absurdo, en su afán de crítica social contra el Antiguo Régimen y la situación política, en la que primaban las falsas apariencias y la corrupción, en fin, lo de siempre, lo de hoy mismo. Y siempre desde el humor, ligero y no exento con frecuencia de moraleja; a veces descacharrante; desenfadado y obsceno en su lectura, a menudo cómica, de la 'Biblia'. Lo que se agradece, por lo inusual en la lírica en español -desde aquí mando un saludo al humorista involuntario Margarito Ledesma y al incomparable Tuerito López-.

Mencionaba al principio a Emily Dickinson; no cesan de aparecer, para disfrute de quienes la rondamos, traducciones de la solitaria de Amherst, las últimas, unas completas en Amargord que sólo he visto citadas; en Nórdica, ilustrada con dibujos de Kike de la Rubia y versión de Juan Marqués, luego muy normalizada; y en Sabina, con insistente, casi cargante, acento en la relación íntima con su cuñada. Ambas aportan, cada una a su manera, nuevos ángulos de visión de su irreductible poesía, siempre se saca algo nuevo de sus versos. «Oh, si recordara fuese olvidar», comienza, en relación con lo que hablamos, el noveno de los seiscientos que han traducido conjuntamente Ana Muñera y María-Milagros Rivera. «Y si olvidara memorar», se contradice luego, «y si añorar -fuese alegre-/Y llorar placenteros. Pero no. Y eso que ella tenía a diario, en medio de su vida suiza, callada y fría, la casa preparada, que siempre estuvo dispuesta a levantarse desde la degeneración y la miseria para dejar memoria. No en vano, este artículo invoca también, desde su titular, el recuerdo del malogrado Anibal Núñez.

**D**e vez en cuando releo a Cioran, no con el arrebatado de cuando mi juventud, pero sí con la misma admiración -palabra y sentimiento que sin duda le horrorizarían-, sobre todo hacia su insobornable sentido autocrítico, a menudo en legítima defensa contra su propio yo. Ahora ya, claro, lo prefiero en corto, lo frecuento más esquinado, desde el resabio que trae la procreta edad. He vuelto así, estos días, a 'Cuadernos' (Tusquets), una especie de diarios póstumos, una selección de entre las mil páginas de que constaba la edición original de Gallimard. Son observaciones, ocurrencias, notas intelectuales y personales sin desperdicio; más bien ajustes de cuentas, sobre todo consigo mismo, ya que Cioran, que era, tal y como lo ha

retratado Savater, muy amable, incluso divertido en extremo como persona, sólo se ponía a escribir cuando tenía ganas de pegarse un tiro. Las cimas de la desesperación cioranescas nunca me han producido delectación malsana, antes bien, paradójicamente, su desahogo siempre me ha procurado consuelo.

Sus pildorazos son cargas de profundidad sin paliativos, de una lucidez aplastante (elijo al azar: «Todas las imposibilidades se resumen en una, la de amar, la de salir de la tristeza propia», «Ante lo irremediable nos volvemos estúpidos», «Una obra vive por los malentendidos que suscita»). La primera entrada del libro, como tantas otras decisivas en mi manera de concebir el mundo, se enfrenta directamente al escepticismo. No recordaba apuntamientos des-

### UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



tacables, como los que prueban, quién lo diría, su devoción por la desconcertante y enigmática, solitaria y hechizada, por la menuda Emily Dickinson, a quien nadie consiguió encerrar en la prosa. O una nota estremecedora, que no debería haber olvidado, sobre Eli Wiesel. A este respecto, hacia el final del volumen advierte: «Sólo las víctimas tienen memoria. Por eso el rencor es tan absurdo. Sólo afecta a quien lo abriga. Si pudiéramos perdonar de verdad enseguiría se instauraría el paraíso en la Tierra». Lo que me ha dado que pensar, y mucho, sobre el recuerdo, sus derivados y derivaciones.

«Llevo el fragmento en la sangre», confesó Cioran en una de sus anotaciones. Creo que esta afirmación -contra la que frecuentemente el mismo se rebelaba- podría suscri-

birla Max Frisch, coautor junto a Uwe Johnson de 'Accidente' (Errata Naturae), libro insolito, al tratarse de dos historias unidas por su afinidad temática en torno, precisamente, a la reconstrucción del suceso, que queda flotando, entre fruslerías y equívocos, citas y digresiones, en la mente. Un epílogo muy documentado de Norbert Mecklenburg aporta sagaces claves interpretativas para relacionar ambos textos y la rara naturaleza de este experimento narrativo de primer orden.

El relato de partida, 'Apuntes de un accidente', está extraído del segundo 'Diario' -que no es tal, sino conjunto de piezas breves, muy heterogéneas, presentadas de manera fragmentaria- del dramaturgo suizo Max Frisch. Realmente, más que fragmentada, la acción está atomizada mediante secuencias que se alinean en un montaje de índole fílmico pero de carácter aleatorio, al modo de un puzzle que el lector tiene que ir encajando en el tiempo. Se trata de una pareja, una mujer en trámites de divorcio y su amante cirujano, que viaja en coche por la Provenza, camino de Billou y las cuevas de Altamira, hasta que chocan contra un trailer. Lo cierto es que nuestra visión del mundo se está volviendo cada vez más desarticulada, es tal la complejidad, casi siempre sin sentido, de lo que vemos o sentimos que el todo sólo puede reducirse a impresiones descaballadas, volubles, hasta caprichosas. Pero el azar o el destino están ahí, impenetrables, como un camión que invade ilegalmente el carril por el que circulamos. Y a alguien se llevará por delan-

te. Y a todos, antes o después.

La réplica homenaje, casi diálogo, con el fracaso de una relación errónea como telón de fondo, del gran novelista alemán Uwe Johnson al esbozo de M. Frisch es, sin embargo, aunque de manera engañosa, más hilvanada, se origina también en una quiebra, en una ruptura radical. Su relato, una lección sobre el matrimonio, el engaño y la traición, desemboca en Nueva York, a donde debe emigrar el protagonista, un huérfano perseguido por judaísmo durante el nazismo, y rememora sus años junto al amor de su vida, una contrafigura, al parecer de Hannah Arendt, que acaba siempre asomando por estos artículos. Bajo la apariencia de apuntes explicativos, puntillistas rectificaciones y añadiduras que no son sino añagazas, al cabo, de la

memoria, reivindica la necesidad del fragmento para acceder al centro de la conciencia.

Y es que hay en cada uno de nosotros una «memoria permanente -en el sentido de revolución permanente-, que hace que cada cual se convierta en historiógrafo guardián de sí mismo, como argumenta Bertrand de Robillard en la cita de 'Une interminable distraction au monde' que encabeza 'Regresar' (Alpha Decay), narración iniciática del conocido cantante francés Dominique Ané, número 37 de la colección 'Héroes modernos' que viene avalada por un prologuista y una traductora de lujo: los novelistas Julián Rodríguez y Mercedes Cebrían. Precisamente la necesidad de rememorar e interpretar lo vivido es lo que ha llevado a este cantautor de

«Los pildorazos de Cioran son cargas de profundidad sin paliativos»

«Belli tiene una retranca muy castellana, con medida ironía, de media sonrisa...»

la estirpe de Léo Ferré o Jacques Brel a retornar a su niñez y adolescencia en una ciudad de provincias francesa, un islote húmedo e inmutable en medio de una llanura desabrigada, propicia al desconsuelo, también a través de un texto corto, más bien astillado.

Su tierra natal, de la que no puede desprenderse, le atrae y al tiempo le repele, la lleva siempre consigo, desde la primera imagen que retuvo hasta que vuelve, como famoso, a su instituto, y ofrece un concierto en la ciudad.

Mediante flashes en orden más o menos diacrónico, el autor revive, recupera su existencia anterior al abandono del nido familiar, traza la topografía sentimental de un territorio hostil a través de sucesivos regresos, breves y esporádicos. Como afirma el

prologuista, «es éste un libro duro y hermoso, en apariencia liviano pero de gran complejidad». A lo que cabría añadir que es un ejercicio de introspección que esquivo lo fatuo y destila autenticidad, melancolía y delicadeza. Aunque en otro orden de cosas, me ha recordado al no menos espléndido 'Un poco de azul en el paisaje' (Minuscúla) de Pierre Bergounioux.

Escribir clandestinamente es otra forma de dejar memoria, de preservar la de una época. Es el caso de Giuseppe Gioachino Belli, heterodoxo y prolífico poeta decimonónico italiano, con permiso de Leopardi uno de los más importantes de su tiempo, un punto filipino capaz de desvalorizar y desmitificar todo, salvo la muerte niveladora, a tenor de los '99 sonetos romanescos' (Hiperión), selec-